

# La obra de sus manos

Salmo 28.5

## Un joven siervo de Jesucristo tres años prisionero de los comunistas chinos 1950 al 1953

**Geoffrey T. Bull,**  
Echoes Quarterly Review  
abril – junio 1954



Esta historia comienza unos seis o siete meses después de haberme dejado mi consiervo, G. N. Patterson, para viajar al noreste de India y el sureste de Tibet. Durante este período estaba solo con el Señor entre los tibetanos, muy adentro en Sikang, y en julio 1950 entré en Tibet con el permiso del gobierno lhasa.

Allá muy abajo las aguas crecidas del Río de Arena Dorada – los tramos superiores del Yangtse, a más de 4000 kilómetros del mar – corrieron con toda su turbulencia por los inmensos cañones. Detrás de mí, las trochas accidentadas, pisadas a lo largo de siglos por incontables trenes de mulas y una miríada de viajeros cansados, hacían espirales entre los desfiladeros por unos 1100 kilómetros hasta llegar a las llanuras de Swechwan. Dios nos había abierto una senda a lo largo de todo este vasto territorio, y barreras espirituales, políticas y naturales habían cedido conforme a su Palabra y en respuesta a las oraciones de su pueblo.

Ahora desde este promontorio elevado me encontraba contemplando la tierra de Tibet que se extendía al lejano horizonte en un panorama confuso de montañas y valles. La mañana siguiente, después de un descenso severo por el peor de senderos zigzagados, llegué por fin a las orillas rocosas de este río tan lejano pero muy nombrado que formaba la frontera entre Kuo-min-tang y la administración de parte de Lhasa en el territorio tibetano. No tardaron en llegar también los muleros y animales con las Escrituras, las medicinas y los suministros, y gritamos a través de las aguas a nuestros pies.

Después de un rato se presentó al otro lado un sujeto de apariencia salvaje, llevando a cuestras una amplia barca de madera y cuero. Lentamente él y otro tibetano transportaron esta carga torpe a un punto distante río arriba, y luego, confiando tanto en la velocidad de la corriente como en sus propios remos primitivos, nos alcanzaron por nuestro lado del torrente.

La barca brincaba impacientemente sobre las aguas amarillas mientras recibía varias cargas pesadas y cinco seres acurrucados, prometiendo una travesía bastante arraigada a la merced de la corriente, pero por el cuidado del Dios protector, dentro de pocos minutos me encontré entre las piedras y la arena al otro lado.

Era suelo tibetano bajo mis pies. Los portones de hierro habían cedido. Por su gracia y la habilidad infinita de sus manos, Dios me había traído a la tierra de la cual habló en septiembre 1941 cuando me llamó a servirle en Asia Central.

Por días viajé a caballo entre aldeas y labranzas esparcidas a lo largo de valles fértiles a 4000 hasta 5000 metros sobre el nivel del mar. De tiempo en tiempo pude platicar con alguien y dejar porciones de las Escrituras, hasta que en el quinto día, a unos 45 kilómetros del río,

entramos en el pueblo de Gartok donde había una guarnición bajo el mando del Príncipe de Dege en su capacidad de General en el ejército tibetano. Desde aquí el gobierno lhasa controlaba todo el territorio del sureste de Tíbet desde el Río de Arena Dorada hasta la frontera con Assam. Yo estaba obligado a quedarme en Gartok hasta obtener permiso para proceder a Chambo y Lhasa.

Estuve dos meses con el General, un hombre de físico llamativo y coraje imperturbable. Había recibido una educación inglesa y conversaba de buena gana y soltura sobre cualquier tema. Por regla general estaba dispuesto a considerar todo, pero sus convicciones budistas eran muy profundas. Fue bondadoso como anfitrión y me concedió toda libertad para entrar en contacto con el pueblo. Sin embargo, su posición militar estaba muy comprometida y poco después de mi llegada el Ejército Rojo de China comunista comenzó a apostar mucha tropa en la ribera este del río entre Yunan y la frontera con Tíbet al sur y Chinghai en el norte. Las patrullas estaban vigilando constantemente y oímos de escaramuzas. El General sentía la necesidad de consejo y mantuvo contacto estrecho con su consejero personal, un lama brillante de 29 años, titulado de doctor en budismo por uno de los tres centros lamaístas lhasa que son de fama mundial.

Un día este llegó al hogar del General en el área del fortín y les fui presentado a él y su colega como otro “doctor” en el budismo. Al ser informado que era más bien un “predicador de la doctrina de Jesús”, se dirigió al sofá muy bajo, puesto para mí a su izquierda, y dijo de una manera muy directa pero cortés: “¿Usted tendrá la gran bondad de decirme el contenido de la doctrina de Jesús?” Así con la gracia de Dios hablé de la gracia de Dios, y aquel día esos dos budistas confesos oyeron sin duda por primera vez algo de las riquezas inescrutables de Cristo.

“Si Dios es tan poderoso y por esto tan incomprensible al humano, ¿cómo entonces puede el hombre conocerle a Él?” respondió sagazmente el mayor de ellos. Recuerdo la respuesta que vino de arriba: “Puede ser conocido porque ha sido revelado”. Los dos oyeron respetuosamente en silencio hasta que terminé de hablar y entonces el lama joven exclamó, perplejo: “¡Cuán extraño!”

Sí, la obra extraña de Dios de juicio por el pecado junto con su obra perfecta de gracia en Cristo es desconocida en los cultos del lamaísmo, pero aquel día ellos oyeron, y la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios. “Los que nunca han oído, entenderán”, Romanos 15.21. “Aquellos también yo debo traer”.

Otro incidente en aquellas semanas inolvidables en la tierra “prohibida” fue un caso de sanidad. Un hombre llegó de los campos con el mensaje que su amigo había sido baleado y, por favor, ¿podría yo atenderlo?

Tras mucha dificultad y demora, dispuse de caballo y el General me dio permiso especial para viajar doce o quince kilómetros más adentro al norte de Gartok, a una aldea aislada en las montañas. Con mi guía y mi muchacho tibetano viajamos por unas siete horas, pasando a través de territorio de bandidos y nómadas hasta caer de un filo a un valle pequeño donde se percibía en la distancia un caserío con las acostumbradas residencias a estilo de un fuerte.

Al entrar en una pieza sucia y oscura en la planta superior, encontré en un rincón a un tibetano desaseado que se revolcaba en un charco de pus. Me dijeron que recibió el disparo un mes antes y la bala estaba en el cuerpo todavía. La herida estaba detrás de la rodilla derecha pero escondida completamente de manera que la pierna estaba tan doblada que no había cómo persuadir al sujeto enderezarla. Una complicación adicional era que desde el muslo para abajo la pierna ya estaba hinchada como un globo a causa de la infección.

Contando con muy poco conocimiento y experiencia en cuestiones médicas, yo estaba de un todo dependiente de Dios. Aplicada una anestesia local, logré enderezar la pierna, abrir la abertura original y, tras unos minutos de exploración, ubicar y luego extraer la bala. El hombre se mejoró paulatinamente en las dos semanas siguientes, y lo último que supe al

abandonar Gartok era que estaba caminando de nuevo. Como resultado, varias personas en aquel valle desearon recibir ejemplares del Nuevo Testamento en tibetano antes de mi salida.

En aquella tierra todavía es tiempo de arar con dificultad y sembrar con paciencia, pero algún día traeremos nuestras gavillas y volverá el pan echado sobre las aguas. Una parte de la semilla cayó entre espinos, pero también una parte también. Es esta última “parte” y su fruto glorioso que aguardamos y sabemos que no lo hacemos en vano.

Estos son apenas dos fragmentos entrecortados de aquellos días preciosos que pasé a solas con el Señor entre aquel pueblo entenebrecido dentro del propio lejano Tibet. Dicen: ¿Por qué fui? ¿Por qué me quedé? Pero estos recuerdos me convencen que los años en la cárcel valían su costo sin duda alguna. ¿Quién sabe si aquella gente y yo vamos a estar parados lado a lado en la mañana?

Se espesaban las nubes de conflicto día tras día y me preguntaba qué me esperaba. En el Día del Señor solía salir de mañana a pasear a pleno sol en la llanura de Gartok, respirando el aire fresco de Dios. Una y otra vez cantaba, “Cerca, más cerca, ¡oh Dios, de Ti ...” Muy adentro, creía que Dios quería que me quedara donde estaba, sin abandonar ese campo de servicio, cualesquiera los eventos. No había cómo retroceder, sino sólo una senda hacia delante.

Esta determinación era también, claro está, fruto de la gracia de Dios y Él la confirmó con una señal. Un enorme terremoto partió las montañas, modificando la configuración de la tierra entre Gartok y la zona de Assam en India. Yo estaba encerrado por mano divina para probar a la postre la suficiencia de su gracia.

El 10 de octubre, aproximadamente, llegó por vía expresa a manos de un avance tibetano la noticia que las fuerzas chinas se habían adueñado de cierto paso, y el 11 un jinete informó que trescientos soldados chinos habían cruzado el Arena Dorada hacia el norte. La situación se volvía más crítica. Luego, el mismo día 11, despachado ya un destacamento en medio del toque de trompetas y la quema de incienso, supimos que 1800 tropas rojas habían cruzado el río en el frente principal frente de Baan. Habían aplastado las defensas tibetanas y avanzaban rápidamente hacia Gartok.

Las llamas de guerra por poco nos rodeaban. Visualizaba el fortín consumido por fuego, nosotros adentro, como un último gesto desesperado de los tibetanos. El General hubiera deseado montar una batalla mayor en la llanura frente al pueblo, pero la mano de Dios estaba sobre todo. El primer plan era escapar y retirarse al norte, pero al recibir más informes de la huida y derrota de sus tropas desmoralizadas, el General decidió, a gran sacrificio para sí mismo, salir y rendirse.

Esta decisión puso fin a días y noches de gran tensión. Cuando anunció el plan, me quedé callado un momento y luego pregunté: “¿Le acompañaré como intérprete?” Creo que en esta hora de crisis él no pensaba que yo le sería fiel. Me contempló un momentito de una manera extraña y aceptó. Montamos caballo.

Éramos seis o siete, incluyendo los oficiales principales y los hombres de confianza. De nuevo la mano de Dios me protegió. Habiendo viajado unas seis horas, enviamos a uno por delante como embajada, para evitar cualquier incidente. Al haber tardado uno o dos minutos, bien nos hubiéramos encontrado muertos. La avanzada china estaba a sólo 400 o 500 metros de nosotros, al otro lado de la cima de una colina.

Nuestro hombre volvió y fuimos conducidos adonde estaban las tropas enemigos, con instrucciones a esperar por los oficiales. Al atardecer nosotros y aquellos comandantes nos reunimos en la planta alta de una casa tibetana, donde el anfitrión asustado prendió fuego a una puña de leña.

Le interrogaron al General y debatieron en inglés, tibetano y chino, y finalmente los chinos aceptaron una rendición incondicional de Gartok. De esta manera terminó toda la resistencia en el sureste de Tibet aun cuando continuó la batalla por Chando.

Fui detenido dos o tres días más tarde, después de nuestro regreso y la formalización de la rendición. Si recuerdo correctamente, fue el 15 de octubre de 1950. Lenta y tristemente el pueblo de Gartok se perdía en la distancia. Alcanzamos la cima del paso al sur y miré atrás sobre la llanura hacia la ciudad y luego lejos al norte a los pasos que conducen a Chando, y sólo podía clamar: “Señor, Tú sabes todas las cosas”. Triste y decepcionado como no puedo explicar, vi por vez última Gartok y la tierra más lejano, y luego bajé al río con mis guardias.

Dentro de cuatro o cinco días pasé los cursos altos del Yangtse, esta vez en una embarcación de madera usada en el ataque, y me fue permitido descansar sobre el terrado de una casa tibetana en el pueblito de Juba Lung. Mi Biblia se abrió en Daniel 2: “El muda los tiempos y las edades”. ¿Puede ser, Señor, que pueden ser cambiados aun los tiempos señalados? Leí: “Quita reyes, y pone reyes ... conoce lo que está en tinieblas”. Encontré no poco reposo en la soberanía de Dios nuestro Padre.

Seguí custodiado hasta Baan. “No creo que usted sea misionero”, dijo fríamente el Comandante en Jefe, y fui sacado del recinto. Abajo, encerrado en un calabozo de aquel gran fortín tibetano, entre penumbra y sucio, yo podía leer con dificultad sólo dos horas cada día. Pasé siete semanas en reclusión solitaria.

Me arrodillaba en el piso polvoriento y lloré mi peregrinación a los pies del Salvador a causa de toda mi indignidad. Desconcertado y anonadado, con todo llegué a darme cuenta de mucho que no era de Cristo en la realización de la obra que me había dado el Señor de la mies, pero a la vez de la limpieza que hay en su sangre y la sanidad en sus alas. No debemos desmayar ante su reprensión, porque todos los azotes y la disciplina son con miras al glorioso recono-cimiento de sus hijos.

Llegó el día cuando uno de los oficiales del Ejército Rojo me dijo: “Ahora mismo hay extranjeros en Chungking que van a recibir tres a diez años por cosas que han hecho contra el Pueblo, y algunos irán a paredón. ¿Usted no se da cuenta que el gobierno británico en Malaya haya dado muerte o deportado a 500 000 chinos?” Por primera vez en mi vida, tuve que enfrentar la posibilidad de ejecución. Por dos días estuve en un estado de gran tensión nerviosa. ¡Oh, cómo nos aferramos a la vida! De repente todo parecía tan precioso: el brillo del sol, los cerros, el cielo, los árboles – ¿cómo podría uno dejar todo eso, y siendo tan joven? Pero entonces vino el triunfo de Cristo, y la paz que sólo Él puede dar fortaleció mi alma de nuevo. “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”

En esta coyuntura sentí gran tentación a escapar. Tenía contactos tibetanos allí en los campos, y sentía que el pueblo tibetano me ayudaría, pero Dios me guardó de actuar sobre este impulso carnal. El frío intenso, la falta de comida, el bandolerismo y el peligro que los guardias del Ejército Rojo abrieran fuego, eran riesgos que Satanás gustosamente me presentaba, pero de nuevo vino la palabra de Dios. Esta vez fue de Jeremías: “Si te entregas en seguida a los príncipes del rey de Babilonia, tu alma vivirá, y esta ciudad no será puesta a fuego, y vivirás tú y tu casa”. Así que decidí que debería proceder a Chungking al lugar de mi juicio, y mi vida, creía, sería preservada.

Los días se alargaron y las hojas de los árboles jóvenes en las laderas se mudaron a doradas y amarillas. Los primeros intentos de nieve coronaron los filos de las montañas, y yo estaba encerrado todavía en mi celda. Mañana tras mañana recitaba y memorizaba las Escrituras y recuerdo haber cantado de nuevo el himno de la pequeña cabina en la embarcación fluvial de Shangai al emprender mi camino misionero a China:

¡Qué grande carga, oh Salvador, llevaste Tú por mí!  
Prueba suprema de tu amor, sufriendo afrentas mil.

Me preguntaba si en verdad estaba preparado para estimar todo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. ¿Conocerle a Él sobrepasa la vida y la libertad? Dios no me dejó sin consolación. Un día, mientras paseaba en la gran plaza pública

frente al fortín, bajo la mirada celosa de los guardias, un cristiano de Baan, hombre de unos 77 años, se me acercó y dijo al pasar, susurrando en tibetano: “No se desanime”. Y siguió su marcha. Hace casi 2000 años, hubiera sido llamado Onesíforo, porque no se avergonzó de mi “cadena”.

El 2 de diciembre estuve leyendo Josué capítulo 1 y llegué al versículo 11 mientras me permitían hacer ejercicios sobre el terrado del fortín, los guardias a la vista, por supuesto. “Preparaos comida, porque dentro de tres días pasaréis el Jordán para entrar a poseer la tierra que Jehová vuestro Dios os da en posesión”. Continué a los capítulos siguientes y me di cuenta de la repetición de “tres días”. Parecía que Dios me guió a hacer mucho caso de eso, y me pregunté si era señal para mí que algo iba a suceder al cabo de tres días, o quizás tres años sería la duración de mi encarcelación. Luché tenazmente contra este pensamiento, y no pude deshacerme de él. “Tres años. O Señor, ¿cómo puedo llevarlo? ¿Se prolongará tres años esta experiencia de muerte y el Jordán?”

El 5 de diciembre, justamente tres días más tarde, fui sacado de la celda y enviado para viajar a Litang bajo la custodia de unos diez soldados, la primera etapa de un viaje a Chunking. Era la temporada más fría del año; aun las estacas de hierro para las carpas se doblaban al ser golpeadas. Los oficiales responsables me trataron muy humanamente y de noche al torno de la fogata pude testificar de mi fe en Cristo, bien sea en los pastos desolados o en el claro de un bosque.

Montado a caballo, me vino de lo alto una palabra preciosa. Nos habíamos levantado a la 1:00 a.m., los yaks, las mulas y las cargas todos listos a las 3:00, y con los oficiales de la escolta emprendí el viaje a la luz de la luna. Las cabalgaduras nos llevaban adelante y en ascenso, y luego vimos los primeros rayos débiles del amanecer allá en las alturas entre las estrellas. Durante esa mañana radiante me acordé de que “la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto”. “Al que justificó, a éstos también glorificó”, y así es que podemos apreciar los años como su proceder sin igual para llevarnos más y más cerca de la imagen de su Hijo.

Día tras día, por centenares de kilómetros, atravesamos el país a una altura de aproximadamente 5500 metros, pero Dios me guardó sano no obstante las temperaturas bajas, el bandolerismo y todo lo que fácilmente puede suceder a uno en esos caminos distantes.

La última etapa fue por camión, y de nuevo más fui preservado maravillosamente. Una vez el vehículo rodó atrás en un paso elevado, salió de la senda y siguió treinta metros hasta encontrar un impedimento. Y, al descender por ese mismo paso, por poco caímos por un precipicio cuando el chofer falló en una curva. En la providencia de Dios una roca grande nos paró, pero no antes de que uno de los viajeros se haya lanzado al aire por puro susto.

El 17 de enero llegué a Chunking y de inmediato a una reclusión solitaria. En esta coyuntura fue quitada a juro mi posesión más preciosa: mi Biblia. Logré quedarme con una porción de las Escrituras en tibetano, pero dentro de quince días fue descubierta y la perdí igualmente.

El proceso se profundizó. Después de una introducción cortés, fui sometido constantemente a interrogación, sacado a media noche, noche tras noche, para declarar sobre cosas que no recordaba o nunca sabía. Esto fue acompañado de un comentario casi a diario sobre la certeza de ser fusilado al dejar de confesar toda la culpa que ellos creían ser mía. En especial, las autoridades estaban convencidos que yo había sido enviado por el gobierno británico, una acusación sin base que se hacía en mi contra hasta casi el final de 1953.

Ahora vino Satanás a tentarme. ¿La promesa de Jeremías fue para ti? ¿Estás apenas aferrándote a una tabla en el mar? Así que de nuevo se me venía constantemente la cuestión de la muerte. “Morir es ganancia” – cuán lejos de la norma parecía yo estar, pero Él me sostuvo y triunfé vez tras vez, y recibí de Él una pequeña porción que compuse. Reza una de las estrofas:

¡Eres mi Resurrección, Señor!  
Mi alma engrandecida por tu Palabra.  
Al toque de la trompeta ascenderá  
con cuerpo glorioso para encontrarte.

Y otra:

Mi vida está en tus manos, Señor;  
en las de ellos, ¡No! Este preso que te espera es tuyo,  
ni para que lo traspase la espada de cualquiera,  
sino guardado hasta ser moldeado de Ti.

Con este apoyo de gracia divina, podía aceptar quieta y cuidadosamente que cada mañana sería la última, si tal fuera lo que Él tenía para mí. Reflexionando sobre qué haría ante el pelotón de fusilamiento, resolví que cantarí:

Un alba hermosa llanto no habrá,  
Dios paz eterna concederá;  
toda tristeza su fin tendrá,  
un alba hermosa Cristo vendrá.

Durante aquellos días de 1951 que no admiten descripción Dios me ayudó ver que en medio de toda la oscuridad yo estaba caminando al amanecer. Me hizo ver que Jacob tenía que ser vencido de un todo antes de estar dispuesto a clamar por bendición y antes de aparecer Israel. Solamente de esta manera se puede subir de Jaboc (“derramamiento”), cojeando hacia el sol del día nuevo, ¿pero qué importa la renquera con tal que uno se llame Israel? Él nos tendrá como adoradores, apoyados por fe sobre nuestro bastón y sin confianza en la carne, reconociendo tan sólo el Espíritu hasta que nos lleve a su semejanza y al día despejado de toda nube.

Poco a poco entramos en verano y comencé a sucumbir al calor intenso allí en mi pequeño cuarto carcelario en la casa para extranjeros que se usaba como centro de detención. El escozor que me cubría de cabeza a pies permitía tan sólo estar sentado, tal era el agotamiento. En julio fui traspasado repentinamente a una nueva prisión grande en los cerros fuera de Chungking, donde me recuperé en temperaturas moderadas. En términos generales, y en un contexto chino, comí razonablemente bien, así que físicamente tenía cierta resistencia para no enfermarme. De nuevo, reconocía el amor de Dios para conmigo en detener las manos de mis acusadores.

La reclusión solitaria continuó, y sólo Dios sabe todo lo que significa. Múltiples veces repasé los pasos de nuestro Señor Jesús en su senda solitaria al Calvario, y esto me guardaba quieto bajo su mano. A lo largo de todos aquellos diez meses de soledad repasé mentalmente dos veces todo lo que me acordaba de la Biblia. Hacerlo era fuente de gran fuerza espiritual y me hizo ver la necesidad vital de memorizar libros enteros de la Biblia, cosa que nunca había hecho.

Cierto día, solo en la celda, escuché que alguien cantaba, y con persistencia y dificultad me di cuenta que estaba en la planta inferior a la mía. Cuando el guardia no me estaba observando puse la oreja al piso, ¡y cuán grande mi recompensa! Uno estaba cantando en inglés *Firmes y adelante, huestes de la fe, sin temor alguno que Jesús nos ve*. Ay, ¡oir pronunciado una vez más el nombre de Jesús! Creo que puedo entender muy, muy vagamente cómo aquel Nombre, aquel Nombre sin par, encantará y ocupará nuestros corazones en la eternidad.

Nombre digno de mi honor, nombre digno de mi amor,  
nombre de mi Redentor: Cristo, Jesucristo.

A veces al mirar por entre la rejas me fijaba en una palma solitaria en la distancia en el camino. Para mí era “la palma vencedora” y me decía: “Voy a pasar frente de ella en mi marcha a la libertad”, pero poco sabía qué tristezas vendrían antes de eso. ¡Preciosos los sonidos en las horas silenciosas y solitarias! Uno de los más agradables era el débil silbo del viento en los pinos detrás de la prisión. Era como si le estaba acariciando el frente de uno

como hacía Mamá cuando éramos pequeños y nos sentíamos indispuestos. Por toda la tierra sale su voz, ¡e innumerables son sus ministerios!

Mi reclusión solitaria terminó en octubre 1951 cuando fui asignado a una celda junto con varios prisioneros chinos. Ya había pasado por dos períodos de varios meses de interrogación cada uno, y uno de ellos incluyó un lapso de inmensa presión, “perdiendo la esperanza de conservar la vida”, junto con instrucción política en el anti imperialismo. Ahora comenzó el adoctrinamiento pleno en el marxismo, y uno o dos meses después el inicio de una ofensiva nueva con respecto a mi caso. Fui sujetado a dos semanas de contraataque en la forma de “reuniones de lucha”, y en esa coyuntura parecía que estaba al borde de la muerte. Probablemente fue el lapso más peligroso.

Ciertos extranjeros fueron ejecutados en Peking, cosa que el jefe de los interrogadores me hizo saber claramente. Yo estaba en la prisión principal del suroeste de China para los “contra revolucionarios”, y poco me daba cuenta de la medida en que las oraciones del pueblo de Dios estaban prevaleciendo ante el Trono. La supremacía de su autoridad es absoluta y en ocasiones me venía a la mente un poema que Él me había dado:

Más allá de la furia de los reyes paganos y las vanas imaginaciones del pueblo;  
más allá de las cuerdas y los amarres, más allá de las ataduras airosamente rotas,  
veo, oh Dios, tu monte santo y sé que el Rey está reinando aún.

Fui calmado a la vez que recibí las renovadas amenazas de muerte, pero paulatinamente comenzaron a adormecer mi mente espiritualmente el constante martilleo de su doctrina, las temibles reuniones de lucha, el examen de pensamiento, la así llamada crítica-y-crítica-propia, la supuesta imposibilidad de libertad a la larga, los regaños, los esputos, los insultos y la pernicioso penetración del materialismo dialéctico en un mente carente de comunión, sin Biblia y a veces aun sin oración.

En mayo 1953 alcanzó su clímax este proceso cuyo único autor espiritual era Satanás mismo. Estaba en un estado de gran fatiga mental y mi esperanza se concentraba principalmente en intentar guardarme sano mentalmente. Me consternaba la posibilidad y el horror de perder mis cabales, pero en gracia Dios dio poder para vencer cualquier idea de suicidio. Esta vida era virtualmente una muerte en vida en la cual se hizo todo intento para aplazar tanto el espíritu como el alma y conformar todas las aspiraciones al molde absurdo del materialismo dialéctico – la filosofía que afirma ser más científica que cualquier otra pero a la vez rebaja el ser humano a nada más que una caricatura de arcilla.

Bajo este asalto psicológico más o menos continuo, que culminó con tres semanas de examen de pensamiento y un programa de reuniones para aplicar tácticas de lucha, me obligaron a considerar objetivamente las enseñanzas de Marx y Lenin. Pero sé que, cualquiera que haya sido la debilidad aquí, el Señor en gran amor y misericordia la ha limpiado para siempre por su sangre preciosa. ¡Tan íntimamente Él nos conoce!

En septiembre fui transferido a otra prisión para iniciar tres meses de tranquilidad; casi nadie me hablaba y estaba conmigo un solo prisionero chino. Allí en la quietud me examiné a mí mismo. Había pasado por encima toda la tempestad de tres años y las autoridades se habían esforzado al máximo para corromper mi vida espiritual y mi fe. Había estado cara a cara con la muerte y cara a cara con lo que es tal vez peor: la obligatoria reformatión del modo de pensar en una prisión del Pueblo, así llamada.

Ahora la tempestad había gastado su furia y en el silencio de mi celda yo podía reflexionar sobre todo lo sucedido. Desde la agonía de mi alma podía expresar aquella palabra que Dios honra por encima de toda otra declaración humana: “Creo”. No me aferraba a Él como antes; estaba temblando sobre la Roca, pero a fin de cuentas encontré que la Roca era segura, fiable, inmóvil, impregnable desde la eternidad hasta la eternidad. Él se había aferrado de mí y no me iba a soltar. ¡Gloria y alabanza!

**Entre los deshechos de la ambición me quedaba desprovisto de todo salvo la vida, destrozado, roto, pero creyendo estoy aún en las manos del Señor.**

En esta coyuntura pude declarar a un funcionario que todavía no había aceptado el materialismo dialéctico, y en una de mis últimas entrevistas tuve el placer de oír a uno de ellos reconocer que mi fe estaba íntegra. Ciertamente el Señor es misericordioso.

**La disciplina del hijo precede el poder y el gozo del heredero maduro.  
No se desmaye, alma mía, el dolor cede pero el Padre y su amor perduran.**

En noviembre hubo ciertos indicios de cambio. Los interrogadores habían declarado que jamás “se entregarían” a mí, y hasta el fin persistían en su idea que yo estaba ocultando algún nexo con el gobierno británico. Decían que debería darme por vencido ante ellos, cosa imposible por ser la acusación falsa, pero la oración triunfante movía la mano de Dios de maneras desconocidas. Sucedió “lo imposible”. El Gobierno del Pueblo de China sobreyó este punto y mi caso fue finiquitado.

El finiquito me fue comunicado precisamente el 2 de diciembre de 1953, exactamente tres años después de recibir yo la Palabra de Dios en el techo del viejo fortín tibetano de Baan, el 2 de diciembre de 1950. Sólo podemos decir: “En cuanto a Dios, perfecto es su camino”.

El día 11 me sacaron de la celda a punta de metralleta, tomaron varias fotos y me apresuraron a presentarme ante un tribunal donde fui sentenciado por crímenes contra “la ley para la supresión de contrarrevolucionarios”. Fui pronunciado expulsado de China y por vez última me requisaron. Enrollé mi ropa de cama, recogí mi vieja ropa zurcida en un saquito y caminé al camión que me esperaba.

En pocos minutos estaba en el muelle y aquella noche zarpamos – un funcionario, un soldado, dos prisioneros y yo. Los dos estaban esposados y amarrados pero no fui sujetado a ese trato. Dormimos unas noches en la cubierta de una embarcación fluvial que nos llevó aguas abajo a Hankow, donde fui conducido en carro a otra prisión. Esperé temerosamente pero fui ordenado a quedarme en el vehículo mientras los dos prisioneros fueran conducidos portones adentro.

Luego viajamos por tren a Canton; el día 18 cumplí con las últimas formalidades en la comandancia de policía y la mañana siguiente fui llevado a la frontera. Me preguntaba qué haría. Había sido despojado de mi pasaporte, mi dinero consistía en una sola moneda británica y yo no tenía ni amigos ni contactos buenos en Hong Kong. No sabía nada del mundo afuera salvo lo que había leído en periódicos chinos. Pensaba que Hong Kong estaría en bancarrota y quizás sin ningún misionero.

Eran problemas de consideración, pero indudablemente intervendría el Dios que me había liberado y cuidado, así que mi corazón fue guardado en paz. Llegué en pleno sol a la barrera de alambre de púas y vi que una o dos personas caminaban arriba abajo por el lado inglés. En casi cuatro años no había hablado con un europeo y mi lengua materna me era extraña en cierta medida. Dios me ayudó controlarme; me quedé inmóvil y tieso.

Pasaron un papelito con mi nombre escrito y por fin se hizo una seña a través del alambre. Se adelantó un europeo barbudo que extendió una mano grande y amistosa. Nunca me olvidaré aquellas palabras asombrosas: “Bienvenido a la libertad”.

“¿Conoce a este señor?” me preguntó, mostrando una tarjetica impresa. La leí: “Raymond J. Guyatt”. Asombrado dije simplemente: “Que sí, y desde muchacho. Es de mi propia iglesia en Inglaterra”. “Está aquí en Hong Kong y espera recibirle”, dijo el desconocido.

“¿Tiene pasaporte?” “No. Los comunistas lo confiscaron”. Me llevó a la oficina de policía, llenó una planilla que firmé. El funcionario dijo amablemente: “Simplemente vaya a Inmigración el lunes”. Así que la cuestión del pasaporte estaba resuelta.

Estas formalidades realizadas, el desconocido, quien resultó ser un sacerdote católico autorizado para recibir en la frontera a los extranjeros deportados, me brindó sándwiches de



huevo y una naranjada, y me puso en contacto con un amigo que estaba esperando. Este segundo señor compró el boleto y viajamos una hora en tren a Kowloon. Él costeó un taxi y no me pidió ni un penique.

Así fue que llegué a la puerta del hermano Raymond y su esposa Bárbara, todo según la perfecta “obra de sus manos”. Manos horadadas en el Calvario por mí. Manos que controlan los tronos de los hombres y guardan las riendas de su propio poder. Manos, ciertamente, que nunca me soltarán.